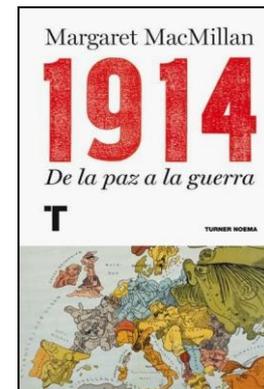


RESEÑAS

MacMillan, Margaret. 1914. De la paz a la guerra. Madrid, Turner, 2014. 847 pp.

*Javier Lion Bustillo.
UNED-Sevilla*

En el verano de 1914, cientos de miles de soldados se dirigían a los trenes que les conducirían a sus futuros destinos, siendo más o menos conscientes de que muy pronto deberían afrontar una prueba decisiva para sus vidas. Mientras las manifestaciones de exaltación patriótica se sucedían en los distintos países implicados, otras personas hacían llamamientos a la no participación en el próximo conflicto militar, si bien sus voces quedaron pronto acalladas por la propaganda oficial. En ese ambiente, las poblaciones creyeron mayoritariamente que sus respectivos países se encontraban amenazados por otros y que la guerra era el último recurso disponible. Por ello, el debate sobre cómo se había llegado a esa situación y cuáles eran las responsabilidades de cada uno de los actores quedó inicialmente teñido por las necesidades de la propaganda bélica. No obstante, tras la conclusión del conflicto se desató la controversia sobre esos aspectos, la cual se ha mantenido viva a lo largo de los años.



El centenario del estallido de la I Guerra Mundial ha constituido un importante incentivo para la publicación de un buen número de trabajos que analizan dicho conflicto de manera global o en algunas de sus distintas facetas. En el caso que nos ocupa, la obra de Margaret MacMillan retoma el debate que se centra en la cuestión de las responsabilidades que corresponden a los distintos actores en el estallido de una conflagración que ensangrentaría buena parte del planeta.

Las explicaciones habituales que se han otorgado al inicio del conflicto se sitúan entre dos polos: por un lado, el de quienes han visto en este episodio una muestra del militarismo alemán, que alcanzaría su culminación durante el III Reich; por otro, quienes consideran que los aliados cargarían con una fuerte responsabilidad al respaldar la política ultranacionalista serbia, además de negarse a otorgar a Alemania el lugar que

debería corresponderle en el sistema internacional. Entre ambos extremos, existen otras tesis que ponen el acento no tanto en encontrar un “culpable” de la guerra, sino que examinan aspectos como qué elementos del sistema internacional y de las alianzas existentes pudieron favorecer el que la crisis de julio de 1914 acabara con un estallido bélico generalizado, a diferencia de lo ocurrido en otros momentos de similar tensión en los años precedentes. Igualmente, las decisiones puntuales de los distintos responsables políticos y militares han sido objeto de escrutinio, como ocurrió con el célebre libro *Los cañones de agosto* de Barbara Tuchman, que saltó a la fama como fuente de inspiración para el Presidente John F. Kennedy, quien veía en la actitud de los dirigentes europeos de 1914 un modelo de actuación que debía ser evitado en circunstancias similares. El libro de MacMillan entronca directamente con esta línea de análisis, colocando el foco de forma predominante sobre el comportamiento de los líderes de la época, tratando de comprender su personalidad, sus temores, sus ambiciones y las presiones a las que fueron sometidos.

La determinación de responsabilidades, sin embargo, siempre ha resultado enormemente compleja, debido fundamentalmente a que en el estallido del conflicto intervinieron un gran número de factores y actores. En este sentido, la obra de MacMillan trata precisamente de estudiar esa complejidad, analizando en los primeros capítulos las posiciones políticas de los distintos Estados europeos y sus intereses respectivos, además de las personalidades de los principales responsables políticos y militares, así como el reflejo de este factor en sus decisiones. A continuación, pasa a centrarse en las crisis internacionales acaecidas a partir de 1904, revisando cuál fue el comportamiento de cada país y por qué las mismas no concluyeron en un conflicto armado, a diferencia de lo que sucedió en julio de 1914. Por último, los capítulos finales están dedicados a rastrear cómo los sucesos se precipitaron en ese fatídico verano.

Frente a las tendencias (impulsadas por Émile Durkheim) al análisis estructural de los acontecimientos sociales, Macmillan bebe en las fuentes de la teoría de la agencia, con raíces en el pensamiento de Max Weber, que subraya la autonomía de acción con la que cuentan los gobiernos a la hora de formular y ejecutar sus políticas. Desde este punto de vista, el enfrentamiento bélico de 1914 no resultaba en absoluto inevitable, sino que fueron las decisiones tomadas por los distintos líderes las que terminaron por desencadenarlo.

Es cierto que la división de Europa en dos bloques antagónicos propiciaba el que cualquier crisis en la que participaran algunos de ellos fuera susceptible de implicar a

sus aliados respectivos, generando una dinámica de tensión creciente. En tales circunstancias, los responsables políticos se veían a menudo entre la espada y la pared. Si un país optaba por no respaldar con firmeza a su aliado con el objetivo de calmar la situación, corría el riesgo de perder a éste, ya que daría la impresión de no ser un socio fiable, por lo que disminuiría su influencia a nivel internacional. Pero un respaldo demasiado incondicional a ese aliado podía provocar el que éste optara por llevar a cabo una política excesivamente imprudente al sentirse sólidamente respaldado por sus alianzas. Este comportamiento también enviaba señales a los Estados rivales, que podían tomar la prudencia en el respaldo a un aliado como un síntoma de debilidad, por lo que tratarían de llevar a cabo una política más ambiciosa para así lograr unas mayores compensaciones.

El caso más extremo de efectos perniciosos derivados de errores de interpretación de la actuación de otros países es aquél en el cual unas medidas destinadas a reforzar la propia seguridad (y que poseen, por tanto, un carácter defensivo) son vistas por las potencias rivales como una amenaza directa, de manera que la misma debe ser contrastada con otras que compensen el desequilibrio creado. Este tipo de situación, que ya fue identificado por Tucídides, y que hoy en día recibe el nombre de “dilema de la seguridad”, es susceptible de provocar una carrera de armamentos e incluso un estallido bélico, al margen de que esa no sea la intención de sus protagonistas. La autora no hace referencia explícita en su obra a este dilema, pero describe un escenario que encaja perfectamente en el mismo, lo que sitúa a los líderes de 1914 en unas circunstancias bastante próximas a las que vivieron los dirigentes de las superpotencias durante la Guerra Fría, si bien en este último caso las crisis surgidas pudieron ser manejadas de tal forma que se evitara una confrontación total.

Un aspecto que, sin embargo, diferencia enormemente las circunstancias de 1914 y las de la Guerra Fría es el relativo a la cercanía de los líderes implicados. Mientras los responsables de la Casa Blanca y del Kremlin representaban ideologías políticas y modelos económico-sociales opuestos, los dirigentes europeos de 1914 procedían en su gran mayoría de las mismas clases sociales (aristocracia y alta burguesía), dándose además la curiosa circunstancia de que casi todos los monarcas que condujeron a sus pueblos a la guerra estaban estrechamente emparentados entre sí, por lo que las disputas internacionales en este momento poseían igualmente una cierta imagen de pelea familiar. Por lo tanto, no deja de ser curiosos el que, mientras en la Guerra Fría líderes de orígenes muy distintos fueran capaces de preservar la paz global, a comienzos del

siglo XX unas élites que tenían entre sí mucho en común contribuyeran a que el mundo se precipitara por el abismo.

Quien busque en el libro de Elizabeth Macmillan un “responsable” de la guerra se llevará una decepción. Para la autora canadiense, el problema no radicó en que un líder determinado estuviera decidido a provocar una guerra con vistas a alcanzar sus objetivos. Es verdad que muchos de ellos realizaron en determinados momentos declaraciones o actos que sugerían que estaban decididos a resolver sus contenciosos mediante las armas (destacando en esta actitud el Kaiser Guillermo), pero no es menos cierto que luego tendieron a tratar de reconducir el curso de los acontecimientos y temieron el estallido bélico. También es verdad que algunos militares parecían convencidos de que la guerra era la mejor opción, destacando en este grupo el Jefe del Estado Mayor austro-húngaro, Conrad Von Hötzendorf. Pero no podemos olvidar que esa belicosidad estaba lejos de ser compartida por el conjunto del estamento militar y de los responsables políticos.

Sin embargo, MacMillan sí señala que entre las élites se hallaba bastante extendida la idea de que la guerra podía ser un instrumento aceptable para lograr sus pretensiones, de tal manera que el recurso a la misma fue manejado en distintos momentos, si bien quedó finalmente descartado. Esa visión del uso de la fuerza como algo natural generaba una situación en la cual la tensión internacional emergía de forma reiterada a raíz de crisis puntuales. En ellas se ponía a prueba la capacidad de los distintos líderes de utilizar la amenaza de la guerra como un instrumento que les permitía extraer unos mejores resultados, esperando que la otra parte diera finalmente marcha atrás y cediera. Estas situaciones habían caracterizado el sistema europeo de Estados a lo largo del siglo XIX, el cual había sido testigo de escasos enfrentamientos armados tras las Guerras Napoleónicas. Sin embargo, el nuevo siglo marcó el inicio de un nuevo modelo de hacer política. La autonomía de las élites se había reducido frente a una opinión pública en la que el nacionalismo y el orgullo patriótico ocupaban un espacio cada vez mayor en la prensa, que pasaba a estar cada vez más pendiente de las crisis y que a menudo incitaba al gobierno de turno a adoptar una posición de fuerza que asegurara el honor del país. Por otra parte, esos mismos gobiernos eran propensos a utilizar a la prensa como instrumento para garantizar el respaldo popular a sus políticas, de modo que ambas realidades tendían a alimentarse mutuamente, favoreciendo el que el recurso a las armas fuera visto como algo aceptable.

En definitiva, el libro constituye un valioso recordatorio de que la política exterior en época contemporánea se halla estrechamente unida con la interior, y que los gobiernos atienden a ambas dimensiones en su toma de decisiones. Pero también nos muestra que, como dice la autora “*siempre hay otras opciones*” y que la calidad del liderazgo político posee una influencia decisiva en el curso de los acontecimientos, para bien o para mal.